



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
ESTADO DE NUEVO LEON

Agosto 28 de 1897.

*Para la Biblioteca del Es-
tado*



Capilla Alfonsina
PROEMIO. Biblioteca Universitaria

54109

La ciencia económica, como la ciencia médica, es instintiva en la humanidad; nació con las primeras exigencias del hombre, se nutrió con las aspiraciones supremas del *rey de la Creación*, imperó invisible en el hogar, guió como polar estrella á los patriarcas y á los legisladores, y germinando en la familia, fecundó en las sociedades y en los gobiernos.

La ley de la propia conservación hizo que el hombre viera en la tierra un patrimonio, un recurso en el trabajo y una garantía en la propiedad, y como consecuencia del derecho natural, surgieron informes los principios de la ciencia moral.

Más tarde la libertad usurpada y la igualdad común restringida pugnaron por reconquistar sus antiguas prerrogativas, y la soberanía del pueblo, imponiéndose á las tiranías, hizo de la Economía, ciencia moral, una ciencia física.

Las riquezas de las naciones y las causas de su aumento ó disminución debieron preocupar hondamente á la filosofía que es la base de la felicidad universal traducida en civilización, y *la administración recta y prudente de los bienes comunes*, sustituyendo al omniñoso yugo del fuerte contra el débil, del noble contra el plebeyo, del soberano contra el súbdito, sería el principio redentor del linaje humano en el Gólgota augusto levantado por la democracia.

La ciencia que nos ocupa, generalmente hablando, ha invadido todas las energías de la vida humana, y aun ha ido más allá de las

fronteras del materialismo; se ha adueñado de los plenos dominios del espíritu. La agricultura, en sus manifestaciones como ramo productor, está sujeta á leyes *económicas*, como lo está el bellísimo arte de la pintura en lo que se refiere á la buena disposición y colocación de las figuras que han de componer en un lienzo el conjunto armonioso de la animación y de la vida.

Una ciencia tan múltiple en sus aplicaciones, tan variada en sus benéficos resultados y tan amplia en las manifestaciones de la humanidad, puede hallar tantas definiciones como conceptos satisfagan cumplidamente en cada exigencia social ó material de un individuo.

Vinculadas como se hallan las necesidades del cuerpo y las del espíritu, necesariamente habrá de estimarse en lo que vale esa ciencia que concilia las necesidades y que es lo que norma nuestros actos para la vida social. El hombre que economice en su capital ó en el fruto de su trabajo, será útil á la familia; el que sepa economizar y distribuir prudentemente el tesoro moral que, según su perfección, posea, será útil á sus semejantes.

La práctica constante de las acciones humanas ha sido el germen de las grandes virtudes y de los más repugnantes vicios, y de allí la necesidad de crear máximas para la propaganda de las unas, y reglas invariables para la extirpación de los otros.

El *origen, progresos y tendencias* de la Economía se hallan justificados en la historia misma de esa ciencia que, según la doctrina de Bacon, está sujeta á las leyes que rigen á las ciencias físicas para las investigaciones relativas.

La Economía Política, desde el origen de los pueblos, ha sido el coto para los abusos del mandatario, la norma para que el individuo sepa hacer valer sus derechos, por cuanto atañe á sus intereses, y el Código sagrado de ese patrimonio de la humanidad que se llama riqueza de las naciones.

La historia de la Economía Política comprende grandes etapas á través de las cuales vamos á seguir, no la realización del gran problema social, sino los sufrimientos y la miseria de las clases desheredadas. Desde los tiempos más remotos, algunos espíritus levantados y verdaderamente filántropos habíanse preocupado por el terrible problema de la vida social; pero como la idea de la igualdad no había penetrado aún en las costumbres de los pueblos, era imposible que los pensadores y filósofos determinaran el

papel verdadero de la Economía Política. Entre los antiguos, esta igualdad era el resultado evidente del ejercicio de la fuerza, el derecho del explotado. El vencedor oprimía y explotaba al vencido, y toda la ciencia económica reduciase á sacar del pobre toda la suma de trabajo posible.

No se puede negar que, dada la organización de las sociedades, los primeros principios fueron la libertad y la dignidad humanas, es decir, la justicia. Por consiguiente, como en los escritos de los pretendidos filósofos de la antigüedad no se encuentra ningún vislumbre, puede asegurarse que en la antigüedad no florecían las teorías científicas sobre Economía.

Las generaciones antiguas, con esa indolencia propia de lo que, aunque se presienta, no se sabe definir, tenían apenas vagas y confusas nociones sobre la ciencia que echó hondas raíces en la simiente de la civilización.

El Egipto, cuna de muchos adelantos científicos, sólo tenía prácticas poco fundadas en el derecho de la propiedad, como lo demuestra la disposición de que las profesiones de los padres se transmitieran á los hijos.

Si examinamos, siquiera sea á grandes rasgos, algunas fases que caracterizaban la organización económica de los pueblos antiguos, veremos que el pueblo griego tenía colonias en todos los puntos conocidos del mundo antiguo; Mileto, Efeso, Rodas, Siracusa, Agriganto, Sibaris, Crotona, Cusus, Nasilia, etc.

Al Este se hallaban desde luego las colonias más notables; ellas reconocían el mismo origen y el mismo idioma. En cuanto á las colonias del Oeste, que se establecieron después, no fueron tan importantes como las primeras, desde el punto de vista comercial, si bien florecieron en el orden legislativo y político.

El principio jónico y el principio dórico, representaban en Grecia la lucha entre la oligarquía y la democracia. Un error sería el creer que el país de Sócrates, al establecer sus numerosas colonias, tuvo un plan retrógrado; la prueba de ello es que más tarde los Fenicios y los Romanos pretendieron encerrar al mundo en una red comercial y política; pero en Grecia las colonias se establecieron por capricho de las tribus aventureras ó á consecuencia de las guerras intestinas que obligaban á los vencidos á formar nuevas ciudades en regiones distantes de los grandes centros de población. En tesis general, las colonias de que venimos tratando,

eran hasta cierto punto independientes, y no conservaban con las metrópolis ninguna liga de sumisión ó protectorado. Las relaciones que existían entre ellas y la madre patria, eran sólo resultado de ciertos convenios ó tratados que las circunstancias hacían frecuentes. Se recuerda en la historia, cuando Grecia amenazada por los Persas, demandó el auxilio de las colonias sicilianas. Siracusa respondió á tal demanda con estas palabras llenas de egoísmo: "Cuando los Cartagineses me amenazaron, no pedí ningún auxilio á Grecia. Que cada cual salga de apuros como pueda."

En el mundo antiguo, dice Rosí en sus "*Mélanges d'économie politique*," la difusión de los metales preciosos, y en consecuencia, de la moneda, estaba muy lejos de ser tan fácil, tan violenta y tan precisa como en la actualidad. Por un lado la masa metálica y monetaria era menos considerable, y por otro, las vías de comunicación y las relaciones entre los mercados, eran igualmente menos fáciles.

La moneda procedía particularmente de Asia ó de Africa. El más rico exportador de moneda que había entonces, era el lidiu Pithius, que según la tradición, poseía capitales equivalentes á ochenta millones de pesos, cantidad fabulosa en aquella época remota.

En todo caso, la circulación de moneda era del todo nula. Había monopolio y acumulación de riquezas, pero movimiento económico propiamente dicho, ninguno había. Las conquistas de Alejandro perturbaron por mucho tiempo el movimiento comercial entre Grecia y Asia.

Las fuentes de las rentas públicas eran de naturaleza distinta.

El verdadero carácter de los impuestos en la época de los griegos, eran los tributos impuestos á los pueblos vencidos. Además, los Atenienses percibían rentas considerables de sus confederados. Cada Estado debía contribuir anualmente con una gran suma destinada á la defensa del territorio común. Pero estas rentas presentaban siempre grandes dificultades para su realización. Cuando no se podían satisfacer con dinero, se pagaban con hombres ó con víveres.

En cuanto á los derechos aduanales, se pagaban siempre en plata.

Los gastos de la administración de justicia, las multas, las con-

fiscaciones y toda clase de penas pecuniarias, constituían una parte considerable de las rentas generales.

Después de lo que llevamos dicho, concluimos con Rosí declarando que la Economía Política no existió entre los antiguos.

El pueblo romano, entregado por completo al derroche de todo lo que la naturaleza prodigaba, encenagado en el fango de los placeres y de los vicios que transformaran en *prostituta* á la *señora del mundo*, veía en el trabajo algo como la afrenta, porque las riquezas no se agotaban, merced á la abyección que le hacía su presa; la fuerza bruta era para él el principal elemento de actividad humana; la matanza era para aquellos hombres, hastiados de goces y sedientos de nuevas impresiones, el medio de formar un paréntesis en aquella vida turbulenta; cosechaba ese pueblo, sin arar la tierra; comía el *pan* que le tiraba el César, sin que una gota de sudor le costara, y el tributo de los conquistados era la fórmula que resolvía las necesidades de gobierno. Sporo, esclavo convertido en Emperatriz; los púgiles, ensalzados en el Circo; el incendio de una parte de Roma, llevado á cabo por Nerón; las estatuas humanas que alumbraron el festín del palacio del citado Emperador, y tantos testimonios que parecen fábulas, dan una idea de cómo sería mirada la Economía en aquellas épocas y entre aquellos hombres, todos egoístas y apegados á la conveniencia.

Lo que caracterizó ante todo la Economía, ó mejor dicho, la ausencia de la Economía en el Estado Romano, fué la institución de los patricios que tenían á su cargo el sacerdocio, la administración de la cosa pública y la dirección y el mando del ejército. La historia romana no es otra cosa que la lucha entre el elemento plebeyo contra los patricios.

Servio Tulio dividió al pueblo romano en cinco clases, formadas cada una de un número más ó menos considerable de centurias. La primera clase comprendía á los más ricos y había en ella mayor número de centurias; la segunda clase comprendía la segunda categoría de los ricos, y así se llegaba á la última que comprendía á los pobres de solemnidad. Lo más notable de todo era, que la clase más numerosa, la de los pobres, no formaba sino una sola centuria. La expulsión de los reyes, lejos de constituir un progreso económico, fué, por el contrario, la reconquista de las prerrogativas y dominio despótico de las clases acomodadas. Los cónsules y procónsules que se nombraban cada año, salían del Sena-

do, de entre los patricios, y por eso fué que la oposición del pueblo á esta política, no tardó en manifestarse por medio de los tribunos, encargados de la defensa de los intereses populares. El primer triunfo alcanzado por los tribunos en favor del pueblo *bajo*, fué la ley de las Doce Tablas.

Desde mediados del siglo VI, los plebeyos fueron admitidos para todas las dignidades y para todos los cargos públicos; pero entre ellos, esta reivindicación de los derechos individuales, era más bien una garantía que un triunfo.

La propiedad raíz era toda de los patricios; los plebeyos sólo eran siervos y tributarios de los *señores*. De allí nació la famosa querrela que produjo las leyes agrarias.

Los patricios romanos eran presa de dos pasiones que los perdían: la codicia y la sed de conquistas. La codicia los alejaba cada día más de las *masas* populares, en realidad siempre las más fuertes; el espíritu de conquistas reportaba al Estado elementos nocivos que tendían á cambiar el modo de ser de la sociedad romana: era la invasión de las ideas griegas.

Poco á poco Roma cambió por completo su modo de ser político debido á la atmósfera de guerras y conquistas que se respiraba en todo el imperio. Las provincias conquistadas dieron á Roma centenares de miles de sus habitantes que llamaron *peregrini* y que tuvieron que sufrir las exacciones y los despotismos de los patricios, con mayor dureza todavía que el pueblo romano.

Las provincias conquistadas fueron muy pronto causas de disoluciones que tendieron á aniquilar el antiguo orden de cosas. Los plebeyos, superiores á los *peregrini*, como ciudadanos, se elevaron insensiblemente á la misma altura que los patricios; formaron una aristocracia especial, y el Senado tuvo en su seno hombres brotados de las *masas* populares. Sentíase en Roma un malestar general; pero como sucede siempre, nadie se daba cuenta de las causas que producían este fenómeno. Convulsiones profundas trajeron sucesivamente á los Gracos, á Mario, á Sila, á César y á Pompeyo.

Era—dice Rosi—una fiebre periódica que se manifestaba por accesos más y más violentos; era la lucha por los derechos de ciudadanía, por los privilegios, por la partición de tierras; alternativa continua de triunfos y de derrotas para los elementos contendientes.

Insensiblemente y sin que los grandes problemas económicos se

enunciaran todavía, llegó para Roma la época de la corrupción y del libertinaje, y ¡cosa rara! la ciencia del derecho se desarrolló en razón inversa de la ciencia económica.

¿Cuáles eran las instituciones financieras en Roma? Como en Grecia, encontramos desde luego el *ager privatus* en oposición con el *ager publicus*. El derecho de sucesión se encontraba reglamentado por este artículo de la famosa ley de las *Doce Tablas*:

“Pater familias uter legasset super pecunia tutelare suæ rei, ita jus est.”

Habíase agitado la cuestión de saber si el derecho de poseer estaba reservado tan sólo á los patricios. De cualquier modo que fuese, había de parte de los patricios gran monopolio de las propiedades. Los plebeyos quisieron reivindicar el *ager publicus*, y á estos esfuerzos se unieron los Gracos, tan mal comprendidos por los historiadores, que todavía en la actualidad les lanzan el reproche de terribles y furibundos demagogos.

Fuentes de capital no existían realmente sino dos: la guerra y la economía en los productos de la guerra. Ahora bien; el romano era avaro más bien que económico. La renta territorial iba siempre en aumento, y además, no había que pagar salarios de mano de obra, puesto que el esclavo formaba parte del capital. El ahorro era considerable en muchos casos.

¿Pero en qué lo empleaba Roma? Preciso es decirlo: lo invertía en operaciones usurarias. Los patricios romanos prestaban grandes cantidades á los propietarios de menor importancia, á los legionarios; y si la deuda no era pagada, el deudor se convertía en *nexus*, una especie de esclavo, puesto que perdía la mitad de su libertad en provecho de su acreedor.

Por otra parte, los oficios eran organizados por corporaciones. Numa, según se cuenta, inventó uno nuevo. Habían, pues, ciertas ideas de industria y de comercio.

Pero uno de los caracteres distintivos de este espíritu de previsión y de industria era la sociedad comercial y el seguro mutuo. Catón aseguraba sus navíos contra los siniestros marítimos y tenía un gerente que administraba sus intereses. En cuanto á las transacciones, á los cambios, á lo que constituye, en fin, la vida económica, nada podemos decir. La profesión de mercenario era considerada como la más degradante. Los obreros propiamente dichos, eran vistos como esclavos.